



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado - Monografía
*“Adolescencias, identidades y
desamparo”*

Estudiante: Joaquín Dos Santos Monzón

Docente tutora: Prof. Adj. Mag. Silvana Contino

Docente revisora: Asist. Mag. Sandra Sena

Montevideo, febrero de 2019

Índice

1. Resumen	3
2. Introducción	4
3. Adolescencias	6
3.1. Conceptualizaciones sobre adolescencia	6
3.2. Convergencias y divergencias	9
4. Identidad	13
4.1. Subjetividad y constitución de psiquismo.....	13
4.2. ¿Identidad inmutable o identidad variable?	14
4.3. Adolescencia e identidades	16
4.4. El rol adulto	21
5. Desamparo	24
5.1. Adolescencia y desamparo.....	24
5.2. El desamparo desde lo familiar	26
5.3. Lo social, lo institucional.....	29
6. Consideraciones finales	33
7. Referencias bibliográficas	35

1. Resumen

El siguiente trabajo final de grado busca realizar una revisión bibliográfica y una articulación teórica de los conceptos adolescencia, identidad y desamparo. Tomando como punto de partida al psicoanálisis, se explorará el concepto de adolescencia y los avatares que ésta implica para el sujeto y su entorno. Luego, se realizará una breve síntesis acerca de postulaciones clásicas sobre adolescencia por parte de algunos teóricos del psicoanálisis. Posteriormente, se abordará el concepto de identidad desde el psicoanálisis, se establecerán diferenciaciones con otros conceptos similares y se intentará hacer una aproximación al proceso de construcción de identidad en el adolescente. Para esto se concibe a la identidad como un fenómeno multicausal sujeta a cambios. Por último, se hará un recorrido bibliográfico sobre el concepto de desamparo, tomando principalmente dos ejes a través de los cuales es posible abordar dicho concepto: el ámbito familiar por un lado, y el ámbito social e institucional por otro. En esta última instancia, también se indagará sobre los efectos que generan las situaciones de desamparo en la adolescencia y en la construcción de identidad anteriormente mencionada.

Debido al carácter monográfico de este trabajo, se debe considerar al mismo una aproximación a los conceptos descritos en el párrafo anterior, invitando al lector/a a indagar con mayor profundidad sobre los fenómenos que serán planteados a lo largo de esta producción. En definitiva, este trabajo será un punto de partida y no de llegada.

Palabras clave: adolescencia, identidad, desamparo

2. Introducción

El interés de este trabajo es poder conocer y profundizar en primera instancia, acerca de los cambios intrapsíquicos y psicosociales que surgen cuando se instaura la adolescencia, y de qué manera estos cambios incidirán en la identidad adolescente, afectando también a su entorno. Para ello se hará un recorrido sobre el concepto de adolescencia a partir de distintos autores, desde una lectura psicoanalítica y psicosocial. También se hará especial mención al concepto de identidad, a nociones que suelen estar relacionadas y a las dificultades que implica hablar en términos de identidad para el psicoanálisis. Por último, se trabajará sobre la noción de desamparo orientado a la adolescencia, de qué manera se manifiesta el desamparo y cómo repercute en el desarrollo de la identidad adolescente, es decir, que sucede con la identidad adolescente cuando se presentan distintas situaciones de desamparo. También se intentará hacer una aproximación sobre el lugar que ocupa la familia, la sociedad y las instituciones en las diferentes presentaciones de desamparo.

Esta producción buscará desarrollar el tema en cuestión a partir de una perspectiva psicoanalítica, presentando los aportes de diversos autores y poniendo en dialogo a los mismos, revisando, sistematizando, analizando e integrando el material previamente publicado sobre el tema de interés.

Con el desarrollo científico a través del tiempo, diversas vertientes de la psicología, han tenido posturas epistemológicas y ontológicas que entienden al ser humano como un ser biopsicosocial. Esto quiere decir que existen características biológicas, psicológicas y sociales que condicionan y configuran la forma de ser y estar en el mundo para cada sujeto, y la forma en la que los sujetos interactúan entre sí.

Esto es algo que también concierne a la adolescencia, o más precisamente, a las adolescencias. Desde esta perspectiva, es imposible poder pensar a este período por fuera del contexto biológico que implica el advenimiento de la pubertad, pero a su vez, tampoco puede ser pensado por fuera del contexto histórico-cultural: son innegables las diferencias culturales e históricas que modifican y estructuran constantemente el “ser adolescente”. Por último, la adolescencia no puede ser considerada un proceso o etapa exclusivamente individual y sujeta únicamente a cambios intrapsíquicos, desatendiendo al carácter social de la misma. Freud (1921) refiere a esto mismo, afirmando que “en la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo y, por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social” (p. 67). A lo largo de la vida, se va interactuando con diferentes figuras que de una forma u

otra generan inscripciones en nuestra estructura, y nos conforman psíquicamente, configurando también nuestra identidad.

A pesar de esto, es llamativamente normal encontrarse hoy en día con adolescentes en situaciones de desamparo, carecientes de figuras adultas referentes que sean lo suficientemente sólidas, fundamentales para el desarrollo de la identidad. El ritmo de vida de las sociedades actuales ha marcado nuevas modalidades en las relaciones humanas, y esto afecta a los vínculos que los jóvenes establecen con los adultos y con sus pares. También es importante tener en cuenta las distintas imágenes que la sociedad tiene de la adolescencia (Klein, 2002), y analizar cómo algunas de estas imágenes pueden generar exclusión y por ende, desamparo.

El interés por la temática elegida surge a partir de la experiencia con adolescentes en el marco de la actividad laboral. A través de los diferentes encuentros, entrevistas y aproximaciones que se tuvo con algunos jóvenes en el rol de educador, surgieron interrogantes sobre la temática planteada anteriormente. También se pudo vivenciar lo que señala Di Segni (2002): en las instituciones educativas se depositan muchas de las carencias que están ausentes en la interna familiar. Por último, se considera interesante poder relacionar la temática elegida con la corriente teórica que interesa a este trabajo: el psicoanálisis.

3. Adolescencias

3.1. Conceptualizaciones sobre adolescencia

Hablar en términos de adolescencia implica explicitar una definición de la misma. ¿De qué se habla cuando se habla de adolescencia? Etapa, momento, proceso, período, tránsito, transformación, crisis; son algunos de los términos más comúnmente asociados a la adolescencia. Todos ellos tienen igual validez, y están sujetos a la posición teórica sobre la cual se trabaje. De esta manera, algunas posturas más desarrollistas prefieren hablar de la adolescencia en términos de etapa, mientras que para el psicoanálisis en general, la adolescencia estaría más bien relacionada con una serie de procesos que el sujeto transita en conjunto con otros, o también como una serie de crisis que ponen el acento en lo endopsíquico.

Como un intento de destacar el aspecto singular de la adolescencia, existe una tendencia actual a referirse a “las adolescencias”. Con esta noción, queda implícita la idea de la adolescencia como momento de procesamiento subjetivo y singular, frente al riesgo de generalizarla como categoría. (Espinosa, 2008). Si bien existen cualidades generales que pueden definir a la adolescencia, es importante tener en cuenta que este período no es transitado por todos de la misma manera, sino que por el contrario, cada uno hará de este proceso algo singular y propio.

Para Viñar (2009), la adolescencia es una construcción cultural e histórica, por lo que siempre queda sujeta y se define a partir de la cultura en la cual se enmarca. Para ejemplificar lo dicho anteriormente, este autor propone que las adolescencias actuales tienen su propia forma de expresarse, con más actuaciones que con conflictos y angustias. En la actualidad es posible encontrar un malestar adolescente caracterizado por conductas de riesgo en lugar de la novela interior, propia de la cultura de los tiempos de Freud (Viñar, 2018).

Como se mencionó anteriormente, tampoco se puede pensar a la adolescencia independientemente de las connotaciones biológicas que ésta acarrea. Estos cambios que surgen a nivel corporal con la llegada de la pubertad podrían pensarse como disparadores de la revolución psíquica que se pondrá en juego (Viñar, 2009). En definitiva, “biología y cultura interactúan en un paradigma complejo sin prioridad lógica de uno sobre otro” (Viñar, 2009, p. 15).

Según Marcelli (1986), existen cuatro niveles de comprensión a través de los cuales puede ser concebida la adolescencia. Sin embargo, es importante destacar que

ninguno de estos modelos predomina sobre otro. Sí puede decirse que un modelo puede tener más peso que otro en el determinismo de alguna conducta o patología concreta, pero es imposible pensarlos aisladamente, ya que están en constante interacción.

El primero de ellos, el nivel fisiológico, hace hincapié en los cambios biológicos que acarrea la llegada de la pubertad. Esto hace pensar en una adolescencia más homogénea o universal, que es inherente a la condición humana. El segundo, el nivel social, describe a la adolescencia como una etapa sujeta a las diferentes épocas, culturas y medios sociales. Bajo este nivel de comprensión, la adolescencia pierde su carácter universal y estaría más bien determinada por el contexto en el cual se desarrolla. El tercero, el nivel cognitivo-educativo, concibe a la adolescencia como una etapa de cambios en las estructuras cognitivas. Para éste nivel, los cambios anteriormente mencionados no pueden ser pensados independientemente de la educación. El cuarto, el nivel psicoanalítico “busca describir a la adolescencia como un proceso psicológico relativamente homogéneo según las sociedades” (Marcelli, 1986, p. 19), pero sin descuidar el carácter singular de la misma. Es este último nivel el que interesa a este trabajo, y sobre el cual se posicionará para abordar la temática en cuestión.

A pesar de haber definido el marco teórico sobre el cual se esbozará este trabajo, es fundamental remarcar que dentro de este nivel se pueden encontrar distintas vertientes, por lo que es imposible hablar de un solo nivel psicoanalítico o de un solo psicoanálisis. Esto también es sostenido por Klein (2002), cuando señala que “podría decirse que no existe ‘la’ teoría psicoanalítica sobre la adolescencia”, (p. 17). Para este autor, lo inherente a las diferentes teorías es la noción de conflicto, a pesar de que no es tratado de igual manera por los distintos autores que abordan el tema (Klein, 2002).

Como un intento de dividir y clasificar los distintos lineamientos teóricos que existen de la adolescencia para el psicoanálisis, Marcelli (1986), señala dos reagrupamientos principales. El primero de ellos asimila la adolescencia a una crisis. Para este primer reagrupamiento la crisis adolescente sería generada por una “irrupción en la tranquilidad del crecimiento” (Marcelli, 1986, p. 29). El segundo, compara el proceso de la adolescencia con el proceso de separación del niño pequeño. Partiendo de esta base, “el adolescente se halla entre el pasado y el futuro, entre infancia y edad adulta, así como el niño pequeño lo estaba entre relación simbiótica y autónoma” (Marcelli, 1986, p. 31).

Viñar (2009) también intenta dar respuesta a esta problemática y hace otra clasificación pero a partir de criterios que se diferencian de los planteados por Marcelli. Para este autor, una línea de pensamiento diría que la adolescencia es la culminación del desarrollo infantil y sus conflictos no resueltos. Según esta posición, la adolescencia no sería más que un destino que ya estaba establecido por la primera infancia. Por otro lado, la adolescencia también puede ser pensada como discontinuidad y ruptura con el mundo infantil. A pesar de haber trazado esta división, Viñar (2009) señala que estas dos perspectivas pueden considerarse más complementarias que opuestas, y la particularidad de cada adolescente nos puede inclinar más a pensar en una u otra posibilidad.

Este mismo autor también refiere a la “tormenta adolescente” como un “momento de una segunda individuación, que no solo copia y repite la neurosis infantil, sino que innova y reformula los procesos psíquicos fundadores, con ingredientes inéditos” (Viñar, 2018, p. 51).

Otra discusión no menos importante, surge al tratar de delimitar la adolescencia como etapa del desarrollo. Siguiendo una postura universalista, la OMS (2010) distingue tres momentos dentro de la adolescencia. El primero, la adolescencia temprana, abarcaría el período que se da entre los diez y los trece años de edad. La adolescencia media, por su parte, iría desde los catorce a los dieciséis años, mientras que la adolescencia tardía involucraría el período que se da entre los diecisiete y los diecinueve años. Esta clasificación es útil a los efectos de pretender definir universalmente la adolescencia, pero lo cierto es que es demasiado estricta y rigurosa, y no contempla el carácter singular de la misma.

Como contrapartida de la diferenciación planteada por la OMS, Nin (2004), hace una división similar en cuanto a los momentos de la adolescencia, pero sin establecer con claridad franjas etarias que los correspondan; estos momentos estarían más bien definidos por conductas o comportamientos que son esperables. Según este autor, dentro de las adolescencias podemos identificar tres momentos distintos: la pubertad, la adolescencia temprana y la adolescencia tardía. Estos momentos no pueden pensarse por separado ya que existe entre ellos una constante interrelación.

A esta discusión cabe agregarle que Di Segni (2002), plantea que a partir de mediados del siglo XX, la adolescencia comienza a prolongarse más como etapa, y empieza a ganar terreno a lo que antiguamente era considerado infancia o adultez. Mientras que la infancia se fue acortando, producto del surgimiento de la “cultura adolescente”, la adultez fue perdiendo valor, por lo que ya no había necesidad de salir de la

adolescencia. Como resultado de este proceso, se hace difícil delimitar en qué momento se deja de ser adolescente y se comienza a ser adulto. “La adolescencia se extiende desde la pubertad hasta un punto mal definido que puede llegar hasta los 30 a 35 años o no terminar nunca”. (Di Segni, 2002, p. 94).

3.2. Convergencias y divergencias

Dentro de este apartado, el trabajo se propone realizar una breve síntesis con los aportes que han hecho algunos autores a las teorías psicoanalíticas de la adolescencia. La intencionalidad es encontrar puntos de encuentro y de desencuentro entre las distintas posiciones que permitan dar una noción más clara de lo que es la adolescencia para algunos teóricos del psicoanálisis, y de cómo este concepto varía de acuerdo a cada autor.

Se podría afirmar que Freud es el primer autor en hacer aportes a la adolescencia desde el psicoanálisis. Si bien el padre del psicoanálisis no utiliza el término “adolescencia” en toda su obra, indudablemente existen momentos en los que hace referencia sobre el tema. En primera instancia, Freud (1895) utiliza el concepto de *nachträglich* como central en la etiología de la neurosis pacientes histéricas: un recuerdo que fue reprimido puede devenir trauma “solo con efecto retardado” (p. 403). Pero para que esta resignificación pueda darse, es necesario que se haya establecido la pubertad. A partir de los cambios trascendentales que se dan en el psiquismo con la llegada de la adolescencia (tanto a nivel consciente como inconsciente), el sujeto se vuelve capaz de darle otro sentido a los recuerdos infantiles. En resumidas cuentas, la adolescencia para Freud permitiría *-nachträglich* mediante- otra comprensión de lo sucedido en la infancia. En una segunda instancia y con el desarrollo de las teorías sexuales infantiles, Freud (1905) señala que la pubertad implica un giro en torno a la sexualidad: es el momento donde el sujeto busca la salida exogámica y donde prima la zona genital, que será el motor para el hallazgo del objeto fuera del núcleo familiar. Este postulado será esencial para las posteriores teorizaciones que se harán sobre la adolescencia. Bajo este punto de vista, a Freud no le interesaría tanto la adolescencia como proceso en sí, sino que más bien estaría interesado en describir cómo es que el sujeto pasa de la infancia a la adultez.

Por su parte, Winnicott (1981) pone el acento en el papel que juegan la familia y la sociedad en el desarrollo del sujeto. Para este autor, la familia debe proporcionar un ambiente facilitador lo suficientemente bueno, que permita el normal crecimiento del adolescente. Winnicott (1981) señala que el crecimiento es un acto agresivo en sí

mismo, y esto se traslada las fantasías inconscientes parricidas del adolescente. La confrontación es lo que permitiría que estas fantasías permanezcan a nivel inconsciente y no pasen al plano de la realidad. Este autor también insiste en la idea de la irresponsabilidad y la inmadurez adolescente, pero considera que son elementos normales y esperables, y que sólo el paso del tiempo puede poner fin a ellos.

Mientras que para Winnicott el adolescente es un parricida a nivel inconsciente, Dolto (1990), insiste en destacar una imagen de fragilidad, desvalimiento y desamparo de la adolescencia. El adolescente sería tan frágil como un recién nacido. Para esta autora, “la adolescencia no es la continuación y finalización de la infancia, sino la posibilidad o no de comienzo de un ser social que ‘sufre’ por la ausencia de ritos de paso” (Klein, 2002, p. 44). Dolto (1990) también pone un fuerte énfasis en lo social, desestimando lo biológico lo máximo posible. Los adultos deben representar una ley que permita vivir y ser, sin ser indiferentes agresivos o celosos. Esto último dificultaría al adolescente el contacto con el mundo. Para esta autora, y al igual que para Winnicott, lo familiar adquiere fundamental importancia, al punto que postula que aquello que no hacen los padres no puede ser hecho ni por grupos de pares ni por otros adultos. Cuando la angustia por los padres no produce ningún efecto inhibitor es que el sujeto sale de la adolescencia.

En el psicoanálisis rioplatense, Aberastury y Knobel (1986), han tenido una fuerte incidencia en las teorías sobre la adolescencia, basados principalmente en las ideas propuestas por A. Freud. A través de lo que denominan “síndrome de la adolescencia normal”, estos autores proponen que existen características propias de esta etapa, que en otras se considerarían patológicas, por lo que no se debe estudiar al adolescente de la misma manera que a un adulto o a un niño. Los desequilibrios y la inestabilidad propia de la adolescencia, hacen que sea difícil establecer que es lo normal y que es lo patológico para este momento. Estos mismos autores, también desarrollan la idea de tres duelos principales que el adolescente debe transitar. El primer duelo es la pérdida por la identidad infantil. Esto obliga al adolescente asumir cierto rol que desconoce, a través de la aceptación de responsabilidades y de la renuncia a la dependencia que tenía cuando niño. El segundo duelo se da por la pérdida del cuerpo infantil, a través de los cambios corporales que se presentan con la llegada de la pubertad. El tercer duelo que atraviesa el adolescente se debe a la pérdida de los padres de la infancia, que pierden el carácter omnipotente que tenían en la niñez. Un cuarto duelo también se da por la pérdida de la bisexualidad infantil. Siguiendo las ideas planteadas por Freud (1905), el adolescente queda al servicio de primacía genital y como producto de esto, también debe renunciar a la bisexualidad

propia de la infancia (Aberastury y Knobel, 1986). Bajo esta perspectiva, la infancia resulta una etapa paradisiaca, vivida con cierta nostalgia por el sujeto, que se ve “obligado” a ser adolescente. También queda implícita la idea de que el adolescente, por la sola condición de serlo, es un enfermo, en tanto rompe con los esquemas psicopatológicos esperables para la adultez (Klein, 2002).

A partir de una posición que podría considerarse antagonista a la planteada por Aberastury y Knobel, Urubarrí (1990) señala que la adolescencia no sólo se caracteriza por la tristeza debido a las múltiples pérdidas de la infancia, sino que también se destaca por lo novedoso, el cambio y la transformación. Mientras que Aberastury & Knobel ponen el énfasis en los duelos, Urubarrí (1990) pone su acento en el júbilo que produce lo novedoso. El placer que produce la transformación hace que la adolescencia deje de ser una mera etapa transitiva entre la niñez y la adultez, y pase a tener un valor en sí misma: adolescente es aquel que desea ser adolescente. (Urubarrí, 1990). Este autor también se distancia de lo que propone Winnicott: para Urubarrí, crecer no es un acto agresivo, sino que, por el contrario, proporciona una sensación de felicidad.

Posicionado desde la corriente psicoanalítica denominada como “Psicología del Yo”, Erikson (1963) define a la adolescencia como la etapa última y final de la infancia, fomentando una imagen de continuidad con la niñez. “El proceso de la adolescencia solo se cumple enteramente, cuando el individuo ha subordinado sus identificaciones a un nuevo tipo de identificación” (Erikson, 1963, s.p.). Este nuevo tipo de identificación solo se logra si el sujeto es capaz de asimilar la sociabilidad y a través del aprendizaje competitivo con sus compañeros de la misma edad.

Por último, y aportando una visión más contemporánea sobre la adolescencia, Nin (2004) acentúa la crisis que implica ser adolescente. Este autor señala que “todo se prepara en la infancia y todo se juega en la adolescencia” (Nin, 2004, p. 155), adoptando una postura de continuidad con la niñez. Para Nin la adolescencia sería un “momento crítico en el que se anuda el narcisismo con sus vergüenzas y fragilidades de la autoestima, con el resurgimiento de la conflictiva sexual que a partir de la pubertad, relanza toda una nueva dimensión corporal” (Nin, 2004, p. 154). Cao (2013), también comparte la idea de la crisis adolescente. Para este autor, la condición adolescente se caracteriza por la aparición de una crisis en dos dimensiones, aquella que transcurre en el mundo interno del sujeto, en base a los cambios físicos y psíquicos, y la que se desencadena al mismo tiempo, sobre sus vínculos. De esta manera, el adolescente debe enfrentarse a la pérdida de las representaciones y

afectos que habían caracterizado a su niñez. “Al abandonar la infancia el sujeto pierde no solo sus recursos sino también la estructura psíquica que laboriosamente construyó” (Cao, 2013, s.p.).

A la luz de lo expuesto se puede evidenciar la diversidad de perspectivas que hay en torno a las adolescencias. Si bien algunas teorías pueden considerarse inconciliables, es importante poder señalar puntos de similitud y de discrepancia, que permitan complejizar sobre la temática.

4. Identidad

Habiendo expuesto ya algunas generalidades sobre la adolescencia, el objetivo de este apartado es centrarse en el proceso de construcción y desarrollo de la identidad en el adolescente. A partir de la diferenciación de otros conceptos que suelen considerarse similares y de lectura de algunos autores se intentará dar una respuesta a esta interrogante.

4.1. Subjetividad y constitución de psiquismo

Antes de adentrarse en la noción de identidad, es preciso hacer un breve paréntesis para referirse a otros términos que suelen estar relacionados, con el propósito de poder diferenciarlos entre sí y esclarecer el marco teórico de este trabajo.

Al abordar la cuestión de la construcción de la identidad, es común que surjan otros conceptos como “constitución de psiquismo” o “producción de subjetividad”. Muchas veces es difícil discernir los límites entre estas definiciones, y poder definir hasta qué punto es pertinente referirse a la identidad, a la subjetividad o la constitución del psiquismo.

Tomando los aportes de Bleichmar (2003), es posible definir a la subjetividad como un concepto que tiene que ver más con lo sociológico que con lo psicoanalítico, más allá de que muchas veces se haga uso de la susodicha definición en la práctica que le compete a este trabajo. En palabras de Bleichmar (2003), “la producción de subjetividad hace al modo en el cual las sociedades determinan las formas con la cual se constituyen sujetos plausibles de integrarse a sistemas que le otorgan un determinado lugar” (s.p.). Bajo esta definición, la subjetividad hace a un conjunto de elementos que configuran un sujeto fuertemente marcado por lo histórico, y por las “representaciones con las cuales cada sociedad determina aquello que considera necesario para la conformación de sujetos aptos para desplegarse en su interior” (Bleichmar, 2004, s.p.). La subjetividad varía de acuerdo a cada momento histórico y se transforma análogamente junto a los sistemas histórico-políticos. A modo de ejemplo, es evidente que la producción de subjetividad en tiempos de terrorismo de Estado distará de la de la que podemos identificar actualmente. Esto implica agregar que la subjetividad está fuertemente marcada por los centros de poder, que en definitiva determinan el tipo de sujeto necesario para conservar al sistema y para conservarse a sí mismo (Bleichmar, 2004). En suma, la subjetividad es un término que

se utiliza para referirse a los aspectos que hacen a la construcción social del sujeto (Bleichmar, 1999).

Sin embargo, la producción de subjetividad no hace a la totalidad de la estructura psíquica. De hecho, el sujeto en su totalidad también incluye ciertas reglas que exceden a la producción de subjetividad, y que tienen que ver con el otro término que compete a este apartado: la constitución del psiquismo.

Citando a Bleichmar (1999), “la constitución del psiquismo está dada por variables cuya permanencia trascienden ciertos modelos sociales e históricos, y que pueden ser cercadas en el campo específico conceptual de pertenencia” (s.p.). De esta manera, este concepto pondría el énfasis en los procesos psicológicos que configuran el psiquismo independientemente del momento histórico que contextualice al sujeto. El mecanismo que estructura psíquicamente al individuo no ha sufrido mayores variaciones a pesar de los cambios que sí se han evidenciado en la producción de subjetividad.

Es en razón de estos elementos que la subjetividad no podría remitir al funcionamiento psíquico en su conjunto, no podría dar cuenta de las formas con las cuales el sujeto se constituye ni de sus constelaciones inconscientes, en las cuales la lógica de la negación, de la temporalidad, del tercero excluido, están ausentes (Bleichmar, 2004, s.p.).

En definitiva, el inconsciente y la realidad tendrían entonces un carácter para-subjetivo y pre-subjetivo, en tanto permanecen “al margen de toda subjetividad y conciencia” (Bleichmar, 1999, s.p.).

Habiendo definido y diferenciado estos dos términos, el siguiente apartado se centrará en la identidad, y posteriormente en la identidad en la adolescencia.

4.2. ¿Identidad inmutable o identidad variable?

Hablar en términos de identidad desde el psicoanálisis resulta todo un desafío. Como bien señala Ladame (2001), Laplanche y Pontalis no incluyen este término en su Diccionario de Psicoanálisis y de hecho, no existe hoy en día ningún trabajo sobre una metapsicología de la identidad. Como concepto, la identidad pertenece más al campo de la antropología que al psicoanálisis (Viñar, 2018), sin embargo, son muchos los autores que refieren a la identidad y a la identidad en la adolescencia desde el campo teórico que compete a este trabajo.

Para definir la identidad, también es necesario precisar una posición teórica y epistemológica que sirva de punto de partida. Así como la identidad no es la misma para las ciencias naturales que para las ciencias humanas, es pertinente afirmar que la identidad está determinada por factores multicausales. Este trabajo se centrará en la cuestión de la identidad desde lo intrapsíquico hasta lo psicosocial.

Siguiendo una posición más estructuralista, Green (como se cita en Lévi-Strauss, 1974) describe a la identidad como aquello que resiste los cambios. “Identidad es aquello ligado a la noción de permanencia, de puntos de referencia fijos, constantes, que escapan a los cambios que afectan al sujeto en el curso del tiempo” (p. 249). Según esta posición no sería correcto hablar de identidades o de una identidad susceptible a modificaciones, sino de una única identidad que caracteriza al sujeto a lo largo de su vida.

Por otro lado, Freire de Garbarino (1987), señala que la principal tarea del adolescente es sencillamente crecer, y eso implica la constante búsqueda de la identidad, destacándose la identidad sexual. Otros autores hablan de la identidad “esponjosa” del adolescente, haciendo referencia al carácter permeable de la misma. El adolescente oscila muchas veces entre distintas identidades, dado que su personalidad se caracteriza por recibirlo todo y por proyectarlo todo (Aberastury y Knobel, 1986). Siguiendo esta posición, la identidad ya no sería algo inmutable o estable, sino que varía a medida que el sujeto se constituye.

Erikson (1963) propone que la identidad “expresa la interrelación que implica simultáneamente una constante mismidad en uno mismo (...) y una constante participación en ciertos rasgos esenciales de los demás” (s.p.). Este autor considera a la adolescencia como el momento en el que más relevancia tiene la búsqueda de la identidad.

Viñar (2018) niega la noción estática de la identidad y agrega que un sujeto se hace tal cuando se toma conciencia de una significación. Para este autor, la conciencia de significación, la búsqueda y apropiación de sentido es un trabajo constante que el sujeto desarrolla durante toda su vida. “En lugar de buscar la fijeza y la estabilidad que sugiere el término identidad, se procura localizar la producción de sujeto que resulta de los momentos de crisis, de locura, donde el sujeto cambia su régimen significativo” (Viñar, 2018, p. 136). En efecto, “la identidad como punto fijo o invariante lleva al substancialismo de las ciencias naturales... y para explorar ese universo insondable que llamamos identidad o naturaleza humana hay que despojarse de esa fijeza esencialista” (Viñar, 2018, p. 134).

A modo de resumen, es posible adoptar la definición de identidad que propone Viñar (2018), que contempla factores intrapsíquicos y externos al sujeto, y poniendo énfasis en la multicausalidad.

Lo que llamamos identidad humana no es una esencia fija como la que define al mundo mineral o vegetal; es un océano en perpetua agitación con algunas corrientes definibles y otras inesperadas e imprevisibles. La identidad humana se construye y modela desde el nacimiento, a partir de nuestros impulsos internos (que conocemos un poco e ignoramos mucho) y a partir de insumos exógenos procedentes del mundo humano y la naturaleza que nos rodea y nos marca a través de lo sensorial y, sobre todo, de la lengua. (p. 43).

Bajo esta definición, se puede pensar a la identidad como un concepto que incluye la producción de subjetividad y la constitución del psiquismo mencionados en el apartado anterior.

4.3. Adolescencia e identidades

La llegada de la pubertad, implica para el adolescente (que hasta ese entonces no era más que un niño) atravesar una revolución psíquica que se da tanto a nivel consciente como inconsciente. Esta revolución implica deconstruir una identidad y una estructura psíquica que hasta entonces había sido forjada laboriosamente (Cao, 2013). Como se dijo anteriormente, la identidad no es solamente un resultado de procesos intrapsíquicos, sino que también se trata de un proceso en el que también intervienen aspectos psicosociales, en tanto siempre existen figuras con las cuales identificarse.

Surge así la identificación como un concepto clave para pensar el desarrollo de la identidad. En efecto, identidad e identificaciones tienen raíces comunes, tanto en el aspecto lingüístico como en el aspecto psicológico (Erikson, 1963). Laplanche y Pontalis (1967) definen a las identificaciones como los “procesos psicológicos mediante el cual un sujeto asimila un aspecto (...) de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones.” (p. 184).

Freud (1921) describió tres modos de identificación. Una identificación primaria, como forma original de ligadura con otra persona, una identificación secundaria, como sustitutivo regresivo de una elección objetal abandonada; y una identificación parcial, que se estructura sobre la base de un poder o querer colocarse en la misma situación

que una persona que no es objeto directo de las pulsiones sexuales, pero que mantiene el mismo modo de relación con un tercero.

En la adolescencia, las identificaciones cumplen un rol protagónico en la conformación de la identidad, en la salida de la infancia y en la configuración de nuevos lazos objetales exogámicos, que generen un punto de quiebre con la niñez, pero también con la historia familiar. Siguiendo los planteos de Kancyper (1997), la historia del sujeto nace antes que su nacimiento biológico, a partir de un orden simbólico que precede al orden cronológico. Ese orden estará establecido por la fantasmática de los progenitores y estará determinado por los sistemas narcisistas de las figuras parentales. El sujeto entonces, pasa a ser el representante narcisista de los padres, generando cierto equilibrio dentro de la dinámica familiar, y siendo identificado en determinado rol o lugar.

Aulagnier (1975) propone un planteo similar al introducir el concepto de contrato narcisista. Para esta autora, el niño nace con la misión de asegurar la continuidad de las generaciones y del conjunto social, y para garantizar dicho proceso, “el grupo catectiza al infans como voz futura a la que solicitará que repita los enunciados de una voz muerta y que garantice así la permanencia cualitativa y cuantitativa de un cuerpo que se autorregenerará en forma continua” (p. 164). A cambio, el niño demandará que se le asegure un derecho a ocupar un lugar independiente de los mandatos parentales, proceso que cobra fuerza en la adolescencia.

La llegada de la adolescencia, exige romper con las estructuras previamente establecidas, a través de un proceso de desidentificación. “El adolescente necesita alejarse de aquello que hasta ese momento constituyó su fuente de seguridad: sus identificaciones parentales y su ideal del yo” (Kancyper, 1997, p. 98). Este autor también agrega que el adolescente debe desidentificarse de identificaciones que resultan alienantes, en tanto el sujeto “se somete, por vía inconsciente, a las historias de un ‘otro’ que no le conciernen, pero de las cuales permanece finalmente cautivo” (Kancyper, 1997, p. 98). Esta desidentificación solo es posible a través del proceso de historización y de la puesta en escena de la agresividad. La historización es un proceso esencial del psicoanálisis, que permite reordenar la relación que el sujeto ha establecido con sus padres (Faimberg, 1985). El sujeto comienza a definirse según como se resignifique, es decir, “según como reestructure su biografía para transformarla en su propia historia” (Kancyper, 2002, p. 21). El odio y la agresividad son condiciones necesarias para que se instale la tensión entre generaciones y posibilitar así, el proceso de desidentificación. Kancyper (1997), establece la diferencia

entre la agresividad al servicio de los propósitos de Eros y la agresividad al servicio de Tánatos. “Mientras que la agresividad al servicio de Eros tiende a la discriminación del otro, la agresividad al servicio de Tánatos promueve la indiscriminación ominosa con el otro, borrando las fronteras entre el yo y el no-yo” (p. 102).

Este mismo autor, también propone que para que el adolescente pueda desidentificarse tiene que existir lo que se denomina como confrontación generacional. Este proceso constitutivo no está presente sólo en la adolescencia, aunque se presenta con mayor intensidad en este periodo, y es clave para la adquisición y la plasmación de la identidad individual y social (Kancyper, 1997). “La confrontación generacional y fraterna salvaguarda la estructura de alteridad y reciprocidad; posibilita el desarrollo y el devenir de la vida subjetiva y preserva al sujeto de eventuales alienaciones” (Kancyper, 1997, p. 28). Kancyper (1997) también señala que este no es un proceso que dependa solo del adolescente, sino que “requiere ser tomada en una visión conjunta, producto de una relación intersubjetiva en la cual los padres y los hijos se definen los unos por los otros involucrados en un campo dinámico” (p. 123). Esto implica que los padres deben ocupar determinado lugar en la confrontación. En el siguiente apartado se analizará cual es el lugar que ocupan las figuras parentales en este proceso. Es importante señalar que a pesar de los cambios culturales que se han evidenciado con el paso de los años, la confrontación generacional sigue estando presente en el vínculo entre los adolescentes y sus figuras parentales, y como toda confrontación, no puede ser atravesada sin dolor o sufrimiento.

Para Jeammet, (1994) “en la construcción de identidad tiene que haber al mismo tiempo algo de sí mismo y del otro” (p. 161). Sin esta retroalimentación, el proceso de construcción de identidad es inviable. Para este autor, el cuestionamiento sobre la identidad es normal en la adolescencia, y se debe al conflicto de las identificaciones. Lo normal y esperable para la adolescencia sería unir a uno mismo con otro. (Jeammet, 1994). Por otro lado, Jeammet (1994) señala que existe una paradoja en cuanto la identidad: para ser uno mismo hay que alimentarse de los demás, pero existe también una necesidad de diferenciarse del otro. Es en la adolescencia que esta paradoja se reactiva con mayor intensidad: lo que se necesita para la conformación de la identidad puede resultar amenazante. Es entonces, cuando el adolescente se apoya en lo que Jeammet (1994) denomina elementos de mediación. Estos elementos son muy importantes ya que “permiten al adolescente negociar sus problemas de identidad” (Jeammet, 1994, p. 171). La figura del doble es un ejemplo de estos elementos: un adolescente apoya sus bases narcisistas en otro adolescente. Otra figura es la idealización del objeto, es decir, “que en ese momento, se vuelve

narcisísticamente soportable porque está idealizado” (Jeammet, 1994, p. 171). Es de suma importancia respetar la idealización adolescente, pero una idealización demasiado brutal puede desencadenar desorganizaciones en la identidad.

Ladame (2001), postula que la identidad es percibida en el adolescente como un sentimiento consciente. Sin embargo, existen aspectos inconscientes que hacen a la construcción de la identidad. Para este autor, el sentimiento de identidad se adquiere cuando hay un investimento positivo de la representación de sí. En este sentido, se puede afirmar que los aspectos inconscientes que se ponen en juego a la hora de definir la identidad, están ligados al narcisismo, a las instancias yoicas, y por sobre todo a las identificaciones. Para este autor, el concepto de identidad puede ser pensado superficialmente, en tanto implica pensarlo a partir de un Yo consciente, mientras que las identificaciones deben ser pensadas en profundidad, en tanto son procesos inconscientes. La construcción de identidad debe ser concebida como un punto de partida y no como un fin en sí mismo para la adolescencia (Ladame, 2001).

Para Erikson (1963), la identidad es lo que le permite al sujeto encontrar su ubicación en algún sector de la sociedad. “Al lograrlo, el joven adulto adquiere un sólido sentido de su continuidad interna y de su identidad social que unirá lo que él fue de niño, y lo que él está por llegar a ser, y reconciliará su concepto de sí mismo” (Erikson, 1963, s/p). Agrega además, que para que la identidad del joven sea conformada, debe encontrar respuesta y reconocimiento por parte de las personas que tienen sentido para él. Este autor hace especial mención a las crisis de identidad propias de la adolescencia y a la difusión de la identidad, normales en el transcurso de la vida del sujeto. Siguiendo un planteo similar al de Ladame, la difusión de la identidad ocurre cuando el adolescente no logra formar un concepto sólido sobre sí mismo (Erikson, 1963).

Por su parte, Cao (2013), define a la remodelación identificatoria como aquel proceso de recambios afectivos y representacionales que recomponen al adolescente intrasubjetivamente. También define a la urgencia vinculatoria como el modo en el que la remodelación identificatoria se pone en juego, es decir, ésta última está al servicio de la primera. Para Cao (2013), estas dos urgencias son las que marcan el ritmo que lleva al adolescente a conectarse con los nuevos otros del vínculo (pares y adultos extra-familiares). Son estos los procesos que desembocan en las fugaces y múltiples identidades a través de las cuales se presenta el adolescente. La construcción de un nuevo montaje identitario siempre implica una dinámica en donde aquello que se adquiere sólo se obtiene a cambio de algo que se pierde. Como resultado del

desprendimiento identificatorio, el adolescente experimenta grandes vivencias de vacío que pueden ser “representados a través del incesante repiquetear de las preguntas quién soy o cuánto valgo” (Cao, 2013, s.p.). Es entonces, cuando el adolescente incorpora constantemente modelos que puedan llenar de alguna forma el vacío que este desprendimiento significó.

El adolescente no quiere ser como determinados adultos, pero en cambio elige a otros como ideales. Esto es lo que produce que el mundo adulto sea para el adolescente algo tan deseado y tan temido al mismo tiempo (Cao, 2013). La cantidad de oscilaciones en su personalidad pueden mostrar en el adolescente distintas versiones de sí mismo, que pueden llegar a ser incluso contradictorias. Es entonces cuando el adolescente manifiesta un verdadero culto a la amistad, y va construyendo identidades grupales en su relación con sus pares. Lo grupal pasa a ser de suma importancia y el sentimiento de pertenencia que puede generar con algunos grupos trasciende muchas veces la frontera de lo singular: hay otros como él, él es uno entre otros, pero al mismo tiempo es distinto de otros (Viñar, 2009). De hecho, cada generación construye su propio imaginario adolescente, el cual está caracterizado por un conjunto de códigos y de modos de interacción que reflejan una serie de ideales y valores. “Cada generación adolescente habrá de producir hitos a nivel sociocultural tanto a través de sus propuestas como de sus acciones” (Cao, 2015, p. 60). Las modificaciones que se generan en el lenguaje y en las expresiones que utilizan los jóvenes son ejemplos de los imaginarios adolescentes. Asimismo, en una generación pueden coexistir más de un imaginario adolescente (Cao, 2015).

Con la llegada de la adolescencia tardía, se comienzan a visualizar con mayor claridad algunos aspectos que hacen a la identidad. El joven suele tener una definición más clara sobre su futuro, sobre su orientación sexual, se elige un compañero o compañera de forma más comprometida y se comienza a poner en juego la capacidad de estar a solas. Todos estos elementos son puntos de partida que comienzan a definir una identidad básica, sobre la cual se estructurará la adultez (Nin, 2004).

Más allá del desprendimiento identificatorio mencionado anteriormente, hay que destacar que las imágenes parentales son el punto de partida a través del cual el adolescente elegirá y recibirá los estímulos para su nueva identidad.

Es importante recordar que la singularidad de cada sujeto está determinada por sus genes, por su lengua, por su contexto socio histórico. “La identidad de un sujeto, su individuación, su singularidad ineludible se recorta en ese cúmulo de determinaciones” (Viñar, 2018, p. 136). “Una identidad ‘de superficie’ debe ceder el lugar a una

investigación de las estructuras profundas que moldean la identidad en su aspecto relacional: la cuestión del Otro aparece como constitutiva de la identidad” (Benoist, como se cita en Lévi-Strauss, 1974, p. 15).

En el siguiente apartado, se hará especial hincapié en el rol que cumplen las figuras parentales y las figuras adultas de referencia en el proceso de construcción de identidad en los adolescentes.

4.4. El rol adulto

Cuando Aberastury y Knobel (1986) postulan sus ideas sobre los tres duelos que debe atravesar todo adolescente (que en realidad son cuatro), también señalan que el joven no es el único que debe asimilar pérdidas: sus padres también deben hacerlo, y esto es fundamental para que el adolescente pueda transitar los duelos con normalidad. Con la llegada de la adolescencia, se derrumba la imagen de los padres de la infancia. Estas figuras, que antes todo hacían y todo lo podían pasan ahora a un segundo plano, lo que lleva muchas veces a que los padres dejen de ser confidentes, dejen de ser admirados, e incluso pasen ser vistos como figuras insoportables a las cuales confrontar o desafiar. Los padres también dejan de ser vistos como figuras autoritarias a las cuales respetar: por primera vez el adolescente puede formar un mundo interno en donde los padres no son los protagonistas, y, ante tal intimidad, es posible incluso escapar a la censura por parte de ellos. Esto es algo que sin lugar a dudas afecta también a los padres: su hijo ya no es el niño que era y no volverá hacerlo. En este sentido, Aberastury y Knobel (1986) proponen que las figuras parentales deben atravesar un duelo por la pérdida del hijo infantil, aceptando e incorporando los cambios que se hacen evidentes en sus hijos.

Freud (1914) plantea que el amor parental, no es otra cosa que el narcisismo revivido de los padres, en el que depositan en el niño sus propios ideales, pudiendo configurar así las identificaciones alienantes mencionadas en el apartado anterior. La llegada de la adolescencia, reedita en las figuras parentales cuestiones de su propio narcisismo, de su propia adolescencia y de sus ideales depositados en el adolescente. La capacidad de los padres para poder contener todos los cambios que trae la adolescencia, muchas veces tiene que ver con la capacidad para renovarse en tanto sujetos, y eso implica haber sepultado su propia adolescencia. Para Aberastury y Knobel (1986), la confrontación se hace dolorosa si el adulto no es consciente de sus problemas ante el adolescente. El crecimiento del joven también enfrenta a las figuras parentales con su propio envejecimiento, y en última instancia, con la muerte.

Siguiendo el lineamiento de lo anteriormente mencionado, Kancyper (1994) describe el proceso que atraviesan las figuras parentales cuando el joven atraviesa la adolescencia.

La adolescencia es un periodo turbulento, no solo para el hijo que crece sino también para los padres del adolescente, quienes asisten a la resignificación de sus propios momentos evolutivos y de sus esbozos infantiles y adolescentes que han dejado como secuela algunos capítulos olvidados de sus relaciones con sus propios padres y hermanos, y que se reaniman inexorablemente a partir de la confrontación generacional con el hijo adolescente. (p. 141).

El adulto debe ser capaz de sostener, apuntalar y contener al adolescente, marcando una distancia que muchas veces es difícil de precisar, en donde el joven no quede sólo y a la deriva de los cambios que sufre en este proceso, pero dejando al mismo tiempo un espacio óptimo para marcar la brecha generacional.

Esto parece sencillo de teorizar pero resulta muy difícil de poner en práctica. De hecho “en todo adulto y todo viejo hay una memoria indeleble, quizás indecible, de esa época de turbulencia y fulguración” (Viñar, 2009, p. 20). Di Segni (2002) señala además que la divulgación masiva y no siempre muy cuidadosa del psicoanálisis, convirtió a los adultos en los culpables de todos los problemas de sus hijos, sin que se hiciera hincapié en los cambios que la época había producido. Para esta autora, la gran dificultad del adulto contemporáneo es la falta de existencia de modelos sobre los cuales basarse, producto de los cambios culturales e históricos. La respuesta que Di Segni (2002) propone para esto es que “no se trata de encontrar a que aferrarse, sino de aceptar que no hay de que aferrarse si lo que se espera encontrar es un modelo claro y preestablecido” (p. 168).

Muchas veces, y abrumados entre tanta información, el adulto suele tener dificultades para encontrar su posición dentro del proceso adolescente de sus hijos. Por lo general, el adulto se ve desafiado y agredido por el adolescente, por lo que es común encontrarse con figuras parentales que queriendo delimitar la brecha generacional y la distancia con sus hijos, se vuelven demasiado estrictos y severos. Por otro lado, también sucede que hay adultos que queriendo generar un vínculo de cercanía con sus hijos, renuncian a su rol como padres. En este sentido, Di Segni (2002) señala que “ser adulto no significa olvidarse de haber sido niño, sino de poner los aspectos infantiles al servicio del placer, de la ternura, de la capacidad de juego” (p. 176).

A modo de resumen y admitiendo las dificultades a las que se enfrentan los padres para establecer vínculos saludables con sus hijos adolescentes, Viñar (2018) señala

que “no hay (...) recetas infalibles para definir la asimetría deseable o saludable y distinguir las fronteras tóxicas del autoritarismo. Entre verticalidad tiránica y horizontalidad demagógica (...) se dibuja una zona fronteriza que vale la pena problematizar y debatir más ampliamente” (p. 18).

5. Desamparo

5.2. Adolescencia y desamparo

¿Qué pasa con el adolescente cuando no encuentra en las figuras adultas un referente que cumpla una función de sostén con el cual identificarse y confrontar? ¿Qué pasa con la construcción de su identidad cuando no hay un adulto que cumpla la función de acompañar el proceso que implica la llegada de la adolescencia? ¿Qué sucede cuando los padres del adolescente no resignan su propia adolescencia y por ende, no pueden ejercer algunos aspectos de su función paterna? Ante tales interrogantes es que surge el desamparo como un concepto que puede dar respuesta a este abanico de posibilidades.

El objetivo de este apartado es poder pensar cómo se manifiesta el desamparo en la adolescencia, cuáles pueden ser sus causas, y qué consecuencias puede ocasionar en el proceso de construcción de identidad adolescente.

El desamparo es un término del lenguaje corriente que para el psicoanálisis (pensado desde la teoría freudiana) adquiere un sentido diferente. Desde el lenguaje corriente se puede definir al desamparo como una situación o estado de desprotección, desvalimiento o vulnerabilidad. El desamparo da cuenta de alguien que no recibe el apoyo o la ayuda que necesita.

Citando a Laplanche y Pontalis (1967), el desamparo se define como el “estado del lactante que, dependiendo totalmente de otra persona para la satisfacción de sus necesidades (sed, hambre), se haya impotente para realizar la acción específica adecuada para poner fin a esa tensión interna” (p. 94). A pesar de que esta definición freudiana esté orientada a pensar el desamparo desde la infancia, se puede ver en la adolescencia situaciones análogas o similares. Contemplando la noción puramente psicoanalítica de Laplanche y Pontalis, se podría afirmar que el desamparo en la adolescencia sería el estado en el que el adolescente, al depender de otros para la satisfacción de sus necesidades psíquicas y de construcción de identidad, se encuentra impotente para realizar la acción específica adecuada para poner fin a esa tensión interna que implica la conformación sólida e integrada de las identificaciones necesarias para tal construcción, sin que quede un vacío de ello.

La definición planteada por Laplanche y Pontalis, recuerda más a una adolescencia comparable con el proceso de individuación-separación del niño (Marcelli, 1986). Al igual que en dicho proceso, es fundamental el rol que ocupan las figuras parentales.

Desde su nacimiento, el sujeto moldea su subjetividad a partir de los encuentros y desencuentros con estas figuras, fundamentales para el desarrollo de la estructura psíquica. La noción de desamparo entonces, da cuenta de que es necesario que exista otro que ampare, y que acompañe.

Acompañando esta idea, Casas (2018) propone una definición precisa sobre el amparo, que permite evidenciar aún más de que se habla cuando se habla de desamparo.

El amparo implica otro que rodea y remite a todo aquello del orden de la realidad afectiva que protege de las fuerzas exteriores, del posible daño. Y, al mismo tiempo, implica en el orden de la vivencia (fantasía) la necesidad expresa de un afecto, del compromiso libidinal del otro en esa función de cuidado y protección. (p. 11).

De manera similar, Cao (1997) introduce el concepto de apuntalamiento, que está relacionado con el acompañamiento anteriormente mencionado. Diferenciándose de la clásica noción de apuntalamiento postulada por Freud, Cao (1997) describe al apuntalamiento como un concepto fundamental para la estructuración, formación y desarrollo del psiquismo, que opera constantemente a lo largo de la vida del sujeto. De acuerdo a esta nueva perspectiva, el apuntalamiento se despliega en cuatro dimensiones. La primera de ellas se circunscribe al apoyo sobre una base originante, que en el caso de la adolescencia está relacionada con las primeras imágenes parentales. La segunda dimensión es la de modelización, “allí se produce el trabajo de la identificación que opera sobre los otros del vínculo que irrumpen en la experiencia vivencial del sujeto” (Cao, 1997, p. 116). La tercera, la de la ruptura crítica, es la dimensión relacionada con las pérdidas que acarrea el proceso de maduración. La última dimensión corresponde al concepto de transcripción, e “implica la puesta en marcha de un trabajo elaborativo que permitirá el reposicionamiento del sujeto en las dimensiones intersubjetiva e intrasubjetiva gracias al enriquecimiento de su campo representacional” (Cao, 1997 p. 116). Es durante la adolescencia que estas cuatro dimensiones toman especial valor, en tanto las viejas apoyaturas que servían en la niñez deben ser desechadas e intercambiadas por otras que den cuenta del proceso madurativo del joven.

5.3. El desamparo desde lo familiar

La llegada de la adolescencia implica (entre otras cosas) una revolución a nivel pulsional, y para que ésta revolución pueda ser transitada normalmente, es necesario que existan otros capaces de poder sostenerla y acompañarla, o dicho en otros términos; capaz de ampararla. Ese es el rol que normalmente jugarían las figuras parentales, pero como bien se sabe, no todos los adolescentes cuentan con la presencia de dichas figuras.

Es importante aclarar que cuando se habla de presencia no se está haciendo referencia únicamente a la presencia física. La presencia implica algo más que simplemente “estar presente” y tiene que ver con el acompañamiento mencionado anteriormente. Lo mismo sucede cuando se habla de ausencia: es posible encontrarse con padres que físicamente están presentes, pero que por diferentes motivos no son capaces de sostener el proceso de sus hijos, y dejan al adolescente a la deriva de su propia revolución.

Esto no puede ser pensado independientemente de los cambios culturales que han incidido en la modificación de las estructuras familiares. Hoy en día nos encontramos con contextos familiares que son extremadamente complejos y diversos. El antiguo modelo de familia se ha ido perdiendo, y junto con ésta pérdida, han ido surgiendo nuevas modalidades familiares. El ascenso protagónico de la mujer generó que no quedara sujeta únicamente a los cuidados, y tomara mayor participación en otros espacios que antes eran propios del hombre, como es el caso del ámbito laboral (Di Segni, 2002). Con el paso del tiempo, el hombre pierde poder y deja de ser considerado como modelo social a imitar. Todos estos cambios generan una rica diversidad en los grupos familiares y van apareciendo las familias tipo, los grupos monoparentales con madres o padres al frente y grupos poliparentales en los que conviven hijos de diferentes matrimonios.

Estos cambios también fueron generando modificaciones en la posición que el adolescente ocupa en la trama familiar. Cada vez resulta más normal encontrarse con adolescentes que a muy temprana edad son responsables del cuidado de hermanos menores, sobrinos, o incluso padres y abuelos. También suele suceder que muchos adolescentes quedan expuestos a los cambios o movimientos familiares que muchas veces se dan muy drásticamente. El desamparo en este caso suele estar relacionado con la soledad que viven algunos adolescentes, no solo respecto a la vivencia psíquica de la soledad, sino real, donde es notable la ausencia de adultos referentes la mayor

parte del tiempo. Como señala Tortorella (2015), en estos casos se observa con claridad el escaso apuntalamiento familiar.

García (2006), relaciona la falta de adultos referentes con la violencia, tan normalmente vinculada con la adolescencia. “Cuando las redes sociales incluyentes (...) no funcionan, el sujeto de deseo (...) declina ante la inmediatez que adquiere la satisfacción pulsional parcial, que no reconoce otros semejantes y diferentes, sino objetos ajenos, parciales, con quienes gozarse en actos destructivos.” (p.70). Es importante destacar aquí la diferencia entre los términos “agresividad” -necesaria y esperable en el adolescente- y “violencia”.

Algunas situaciones de desamparo pueden presentarse cuando el adulto es incapaz de posicionarse como tal. Esto dejaría al adolescente en una situación de desvalimiento en tanto carece de modelos parentales para incorporar. Para que exista amparo, es necesaria la presencia de otro como una alteridad que no es blanda ni arbitraria. Kancyper (1997) señala que si el adulto no ejerce su función paterna, “en lugar de la confrontación se instaura la provocación, la evitación o la desmentida de la brecha generacional, con lo cual se altera el proceso de la identidad (p. 130).

En lo que se refiere a la provocación, Kancyper (1997) afirma que existen padres que reaccionan con excesos de autoritarismo al crecimiento de sus hijos. En este caso “se desencadena una lucha fraterna trágica, que sustituye la confrontación por la provocación y la evitación de las diferencias entre las generaciones, lo que promueve profundos trastornos en la construcción de la identidad” (p. 147). Di Segni (2002) refiere a estos adultos como “tradicionales”, en tanto se caracterizan por ser conservadores y por “sostener un modo de vida que no encuentra eco entre los jóvenes ni en muchos de los demás adultos que los rodean” (p. 63).

Dentro de la desmentida, Kancyper (1997) agrupa a los padres blandos y los “pendeviejos”. Ambos tipos generan un fenómeno caracterizado por la reversión de la demanda de dependencia. Esta reversión surge por el desvalimiento y la necesidad de los propios padres, que inducen precozmente al hijo a operar como soporte y reverte de los progenitores, con la finalidad de poder garantizar la homeostasis de la dinámica familiar. Los hijos de estos padres permanecen narcisísticamente sobreinvertidos en lugares idealizados, lo que genera muchas veces que el hijo ocupe su lugar y paternalice a sus progenitores. Los padres blandos y pendeviejos desmienten su propia condición adulta, producto de no haber renunciado por completo a su adolescencia. Estos padres “reniegan de ser adultos, porque cuando adolescentes,

ellos fueron quienes llevaron adelante la rebelión contra la generación anterior y dieron por destruida la brecha generacional.” (Di Segni, 2002, p. 68).

El sometimiento es otro mecanismo que puede operar en las figuras paternas, dejando al adulto en una posición que deje a sus hijos en situaciones de desamparo. Aquí se encuentran los padres serviles, los padres distraídos y los padres hacedores-sobremurientes (Kancyper, 1997). Los padres serviles “satisfacen de un modo privilegiado las propias necesidades masoquistas de castigo y obtienen un beneficio narcisista en la satisfacción del cumplimiento de un ideal” (p. 160). Suelen aguantarlo todo y padecerlo todo, y a mayor padecimiento, se creen mejores padres y piensan que los otros opinan lo mismo. Los padres distraídos mantienen con sus hijos un pacto de silencio, en donde se conforma una alianza para no hablar, para no escuchar y para no ver. “Los padres serviles y los padres distraídos permanecen amordazados ante sus propios hijos” (Kancyper, 1997, .p. 161). Los padres hacedores-sobremurientes se ofrecen como capaces de solucionarlo todo, manifestando una actitud omnipotente. Estos padres creen que pueden proveer a sus hijos de cualquier necesidad, con tal de evitar el conflicto. Generan relaciones adictivas con sus hijos y se esclavizan recíprocamente. Di Segni (2002) propone que además de los adultos tradicionales y los adultos adolescentes, también existen los adultos inseguros. “Son aquellos que constantemente se preguntan qué es ser adulto, si es necesario serlo, sino es malo serlo, sino es peor no serlo.” (p. 71). Producto de esta inseguridad, pueden pasar de un extremo a otro sin previo aviso: o resultan demasiado estrictos y autoritarios, o no establecen ningún tipo de límite sobre sus hijos.

Volviendo al reagrupamiento teórico que concibe a la adolescencia como un proceso comparable con el de individuación-separación del niño, es posible afirmar que no sólo la presencia es fundamental para el amparo del adolescente, sino que también lo es la ausencia. Ambos pares opuestos pueden ser considerados como las caras de una misma moneda, y deben estar debidamente equilibrados para que el adolescente pueda conformar su identidad por fuera del ámbito familiar.

En el caso del desamparo originario que se presenta en la infancia, se puede apreciar que la madre (o quien cumpla este rol) debe estar presente para satisfacer las necesidades del niño, pero también debe estar lo suficientemente ausente como para permitirle desear. Esto es fundamental para que el niño empiece a reconocer las fronteras de su estructura y para que empiece a diferenciarse de su madre: él y su madre no son uno sólo, y la ausencia es el único camino que posibilita esta separación.

En las condiciones actuales, el bebe cae en la obesidad aunque no aumente excesivamente de peso, se trata de un sobrepeso de satisfacciones innecesarias que no ayuda a coartar una visión omnipotente de sí mismo y no da herramientas para sobrevivir cuando los deseos no pueden ser satisfechos o no lo son tan rápidamente como el espera. (Di Segni, 2002, p. 103).

Esto también se reedita en la adolescencia, y la posibilidad del equilibrio entre los pares ausencia y presencia dependerá de la capacidad del adulto para ejercer su rol dentro de la dinámica de la confrontación generacional. Muchas veces es normal encontrarse con familias o padres sobreprotectores, que están constantemente dominados por el temor a que a su hijo/a le pase algo malo. Por este mismo motivo y abusando de su condición autoritaria, prohíben a su hijo cosas que son esperables para su edad. Otro ejemplo es el de los “padres amigos”, que queriendo relacionarse con su hijo/a a través de un rol engañoso que no les corresponde, forman vínculos en donde están constantemente presentes en la vida del adolescente. Ante tal sofocante presencia, el adolescente tiene serias dificultades para conformar su mundo interno por fuera de sus padres.

Esta imagen permite visualizar otra cara del desamparo: no solamente la ausencia de adultos referentes genera vivencias de desvalimiento o desprotección, sino que la constante presencia tampoco posibilita el devenir adolescente.

5.4. Lo social, lo institucional

Hasta ahora se ha pensado el desamparo a partir de la ausencia (o constante presencia) de figuras adultas referentes dentro del núcleo familiar, y a través de las dificultades que se presentan cuando el adulto no puede posicionarse como tal, pero también es importante referirse al desamparo en determinadas situaciones que exceden a lo familiar, y que tienen que ver más bien con otras instituciones vinculadas con lo social. La construcción de un sujeto durante la turbulencia adolescente no se tramita exclusivamente en la intimidad de su mente y de su grupo familiar (Viñar, 2018).

Como punto de partida, es necesario definir el contexto social actual, que ha variado a lo largo de los años y que posee características particulares. Bauman (2002) define a la modernidad actual como “líquida”. Este autor utiliza dicha metáfora para referirse a los constantes cambios, a la inconsistencia de las relaciones humanas, a la tendencia individualista, a la inmediatez y a la ausencia de marcados proyectos de vida. En

definitiva, la modernidad actual ha perdido “solidez”, producto de la globalización y el crecimiento exponencial de la tecnología, que son los pilares del modelo capitalista que caracteriza a la cultura occidental actual. Viñar (2009) utiliza la expresión “vértigo civilizatorio” en esta misma línea. El “vértigo” es causado por la velocidad en la que se mueve el mundo y por sus bruscos cambios de dirección. “Familia; parentalidad; filiación; iniciación sexual; deseo de hijo; trabajo y ocio; ley y transgresión; sexualidad legitimada y transgresora, son parámetros en las creencias y mentalidades colectivas, que han cambiado de modo vertiginoso en el curso de las últimas décadas” (Viñar, 2018).

Este contexto es conformado por sujetos y es subjetivador al mismo tiempo. En la adolescencia actual es posible visualizar muchos elementos que hacen al carácter “líquido” de la modernidad. De esta manera, los niños aprenden a utilizar teléfonos celulares a muy temprana edad, y los adolescentes ponen gran énfasis en las redes sociales y priman la imagen por sobre todas las cosas, donde los vínculos se multiplican pero son fugaces. La sociedad actual y la cultura adolescente (Di Segni, 2002) son productoras de subjetividad y también alteran las identidades, que son tan variables y cambiantes como los propios vínculos.

¿Cómo pensar a la adolescencia y al desamparo en este contexto? En el anterior apartado se aclaró que la noción de desamparo también está relacionada con la carencia, con la exclusión, y en estos términos, es imposible referirse al desamparo únicamente en el plano simbólico, sino que también hay que contextualizarlo en el plano material y económico. En suma, la ausencia de recursos materiales también puede desencadenar dificultades o carencias en el orden de lo simbólico. En palabras de Viñar (2018), “los humanos nacemos tan frágiles prematuros y desamparados que necesitamos contar por largo tiempo con un entorno protector y acogedor para sobrevivir” (p. 39). Estos cuidados son fundamentales, ya que el desamparo originario es considerado fundador del psiquismo. De esta manera, es difícil pensar en una situación de amparo cuando el sujeto amparador no tiene los recursos económicos y/o simbólicos para hacerlo, cuando tampoco ha transitado (o no lo ha hecho de manera regular) por las instituciones socializantes como la familia o la escuela, y también ha sufrido (y sufre) desamparo y exclusión.

Día a día se escuchan noticias que vinculan la juventud y la adolescencia con comportamientos delictivos, uso y abuso de sustancias, conductas de riesgo, y otros tantos factores considerados temidos por la sociedad. Cabe preguntarse sin embargo, que hay más allá de estas conductas, qué es lo que pasa con el adolescente que

transita sin rumbo de una institución a otra, sin los referentes adultos adecuados con los cuales confrontar e identificarse, y, por ende, sin poder conformar su identidad. Exclusión, desprotección y desamparo conforman el contexto más propicio para que más tarde emerjan los problemas sociales que están constantemente en la opinión pública, como lo es la inseguridad ciudadana. En resumen, “El objeto (el otro) siempre está. Si falta el objeto auxiliador se hará presente el otro ominoso” (Viñar, 2018, p. 108).

Viñar (2018) define a la exclusión como un “veneno des-socializante”. La falta de trabajo, la falta de escolarización, las rapiñas, el consumo de drogas son algunos de los elementos que se hacen visibles como resultado del desamparo que significa la exclusión en el mundo de hoy. Por su necesidad de vivir en sociedad, los sujetos excluidos construyen vínculos entre sí, generando nuevos códigos y normas de convivencia, inéditos a la vista del resto de la sociedad (Viñar, 2018). “Ya no hay un sujeto sujetado, sino un sujeto autoengendrado que se define a partir de sí mismo y de la invención de sus propios códigos” (Viñar, 2018, p. 143).

Por otro lado, el empobrecimiento de las relaciones propio de la modernidad líquida, conlleva una pérdida de referentes, no solo en el plano familiar, sino también en el plano social. Los vínculos con grupos de pertenencia o pandillas, tan característicos de la adolescencia, también sufren este empobrecimiento, dejando al adolescente desolado, desamparado, sin figuras “sólidas” con las cuales identificarse. La ausencia o falta del “espejo identificador” implica desolación y soledad, y puede darse aunque el sujeto este rodeado de semejantes. “La exclusiva fatalidad, la única que puede afligir a un grupo humano e impedirle que realice plenamente su naturaleza es estar solo” (Benoist, como se cita en Lévi-Strauss, 1974, p. 12).

La inmediatez que caracteriza a la actual cultura de consumo, llena muchas veces los vacíos que se producen en la construcción de la identidad del adolescente. Esto suele convertirse en una amenaza y puede derivar en múltiples patologías también asociadas al consumo, como pueden ser el uso y abuso de drogas, o trastornos en la alimentación. Para proteger al joven de estas amenazas, es necesario que los adultos cumplan eficazmente su función acompañante y apuntalante (Cao, 2013).

Di Segni (2002) señala que muchas instituciones como la escuela, reciben demandas que tienen que ver con carencias en la interna familiar. La sociedad actual, que por su forma de organización es generadora de fragmentación (y de desamparo), es la que también intenta generar espacios de amparo a través de distintas instituciones. Más allá de lo paradójico de esta situación, muchas veces estas instituciones no logran

generar los espacios de amparo que se proponen, sino que por el contrario, (y a través de un marco burocrático caracterizado por reprimir en lugar de amparar), dejan al joven a merced de su revolución psíquica y en situaciones de desvalimiento.

De manera análoga, Klein (2006) señala que las situaciones sociales y familiares inciden constantemente en la subjetividad del adolescente, y que es necesario que exista una estructura de continuidad entre lo familiar, lo social y lo subjetivo. Este autor también postula que existen imágenes que la sociedad tiene de la adolescencia, que señalan una ancha franja de indeterminación y ambivalencia. De esta manera, se puede considerar al adolescente como en peligro y casi enloquecido, como peligroso y casi transgresor o como fascinante y casi seductor.

Es importante poder pensar como algunas de estas imágenes pueden generar exclusión en el adolescente, y por ende, desamparo. Klein (2002) señala que la adolescencia representa en sí misma una amenaza para la sociedad, en tanto puede ser pensada como metáfora de un poder transgresivo. La adolescencia, que también irrumpe la tranquilidad de la niñez, amenaza contra la tranquilidad y el orden social, por lo que puede generar rechazo a nivel cultural.

Para cerrar este apartado, es importante remarcar la idea de que el desamparo no está sujeto únicamente a las vicisitudes de los vínculos que el adolescente tiene con su entorno familiar. El sujeto debe ser pensado como un ser en sociedad, atravesado por muchas instituciones y marcado por el contexto histórico-cultural. La modernidad líquida trajo consigo nuevas situaciones de desamparo que van desde el ámbito familiar hasta el ámbito social, y el adolescente, frágil y en pleno proceso de desarrollo y construcción de identidad, es uno de los principales afectados por esta problemática que dejará marcas a futuro.

6. Consideraciones finales

Teniendo en cuenta lo expuesto hasta ahora es posible asegurar que, más que haber llegado a una conclusión en particular, este trabajo sirve como punto de partida para seguir pensando elementos relacionados a las adolescencias, la construcción de identidad y el desamparo. A modo de cierre, se presentarán una serie de breves reflexiones de índole personal, que surgieron a partir de la construcción de este trabajo.

Estudiar la adolescencia siempre implica estudiar el contexto en el que se desarrolla. Por esto mismo, es fundamental tener en cuenta elementos históricos, e incluso políticos y económicos, que están constantemente configurando al sujeto y a su forma de vincularse con el mundo que lo rodea.

Cada época traerá consigo nuevas adolescencias y producto de ello, nuevas modalidades de sufrimiento. Viñar (2018), afirma que los adolescentes de hoy en día se caracterizan por actuar su malestar. Así es que surgen grupos sintomáticos “de moda”, como los ataques de pánico (este trabajo prefiere el término crisis de angustia), y patologías asociadas al consumo, cualidad principal y característica del contexto actual. El cuerpo padece aquello que el sujeto calla. El vértigo civilizatorio no da lugar a la posibilidad de simbolizar el sufrimiento. Por esto mismo es que existe hoy en día una hegemonía (y abuso) de la medicalización: es más fácil silenciar el síntoma que adentrarse en el largo y arduo proceso que implica ver que hay más allá del malestar. No hay tiempo para eso.

Existe otro elemento que este trabajo no pretende dejar por fuera y que es parte fundamental de la teoría y práctica psicoanalítica: la sexualidad. Junto con los cambios en la subjetividad, llegan también modificaciones en lo que tiene que ver con las prácticas sexuales y las formas en las que se vivencia. Estas modificaciones serán el emblema y la bandera de muchos jóvenes. Distanto de los viejos tabúes sexuales, hoy en día se concibe a la sexualidad como libre, sin prejuicios, y a diferencia de lo que sucedía hace solamente algunas décadas, es normal que no se censuren (e incluso se avalen) las diferentes formas de expresión sexual. Sin embargo, este aparente exceso de libertad es sencillamente un engaño superficial, es la punta del iceberg. Viñar (2018) agrega que a la transparencia y a la emancipación nunca se llega, y que es tarea del psicoanalista rechazar lo que se limita al lenguaje corriente y entender que hay más allá. “Si todo es visible y transparente, el psicoanálisis resulta superfluo” (p. 52).

Mención aparte merece el auge de la tecnología y el surgimiento de las redes sociales. Esta ha sido la herramienta más poderosa al servicio de la modernidad líquida, y configura los modos en los que los sujetos se vinculan entre sí, independientemente de su edad. Antes el correo electrónico, luego el MSN, después Facebook, y más recientemente Snapchat o Instagram, las redes sociales llegaron para quedarse. Como resultado de esto, existe una clara primacía de la imagen: constantemente los adolescentes se exhiben en las redes, cuantificando la aprobación de los pares a través de likes. Esto ha generado que muchos jóvenes tengan graves dificultades con respecto a su autoestima, lo cual puede llegar a desencadenarse en las típicas patologías mencionadas anteriormente: trastornos en la alimentación, depresión, entre otros. Las redes sociales también han posibilitado un aumento considerable en cuanto a la cantidad de vínculos, pero éstos son efímeros y fugaces, y se destacan por carecer de la solidez necesaria para que el adolescente logre apuntalarse.

Todos estos elementos atraviesan y moldean en mayor o menor medida el proceso de construcción de identidad del adolescente. Sin embargo, el contexto actual exige que existan otros que queden de lado, excluidos, desamparados; por fuera de un marco vinculatorio que muchas veces suele ser cruel.

A través de la lectura de estas consideraciones finales, es posible verse tentado a concebir el contexto actual como negativo o dañino, y caer en la idea demagógica de que “todo tiempo pasado fue siempre mejor”. Es por eso que es pertinente aprovechar la oportunidad para deslindar a este trabajo de dicha afirmación. Sí es cierto que el contexto actual genera sufrimiento y desamparo en muchos adolescentes, pero de nada sirve despotricar en su contra. Por el contrario, los jóvenes de hoy tienen mayores vivencias de libertad y se sienten seguros de expresarse tal y como ellos se perciben. El gran desafío que tienen los profesionales que trabajan con jóvenes es el de tender a la simbolización y ver que hay más allá, es decir, que el adolescente pueda poner en palabras su sufrimiento y su malestar. Para ello, es necesario que el joven cuente con figuras referentes sólidas sobre las cuales apuntalarse y es aquí donde aparece la figura del analista como un mediador que apunte a problematizar la condición adolescente.

Si las cosas resultan tan simples y claras como el contexto actual así parece indicarlo, el psicoanálisis no hace falta.

7. Referencias bibliográficas

- Aberastury, A., Knobel, M., (1986). *La adolescencia normal: un enfoque psicoanalítico*. Montevideo, Uruguay: Departamento de Publicaciones CEUP.
- Aulagnier, P., (1975). *La violencia de la interpretación: del pictograma al enunciado*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Bauman, Z., (2002). *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Bleichmar, S., (1999). Entre la producción de subjetividad y la constitución del psiquismo, *Revista del ateneo psicoanalítico. Subjetividad y propuestas identificadoras* (2), s.p. Recuperado de: <http://www.silviableichmar.com/framesilvia.htm>
- Bleichmar, S., (Julio de 2003). Acerca de la subjetividad. *Seminario EPIS 1 – Prof. Jorge Rodríguez Solano*. Conferencia llevada a cabo en la Facultad de Psicología de Rosario (U.N.R.). Recuperado de: <http://seminario-rs.gc-rosario.com.ar/conf-silvia-bleichmar-30-07-2003>
- Bleichmar, S., (2004). Límites y excesos del concepto de Subjetividad en Psicoanálisis, *Revista Topía. Año XIV* (40), s.p. Recuperado de: <https://www.topia.com.ar/articulos/l%C3%ADmites-y-excesos-del-concepto-de-subjetividad-en-psicoan%C3%A1lisis>
- Casas de Pereda, M., (2018). El desamparo del desamor: a propósito de la depresión en la infancia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Desamparo* (127), 11-24.
- Cao, M., (1997). *Planeta adolescente*. Buenos Aires, Argentina: s.e. Recuperado de: <http://www.marceloluiscao.com.ar/Blog%20Posts/version-digital.html>
- Cao, M., (noviembre de 2013). Bordes y desbordes adolescentes, En *I Coloquio Internacional sobre Culturas Adolescentes, Subjetividades, Contextos y Debates actuales*. Buenos Aires, Argentina. Recuperado de: <http://www.sociedadescomplejas.org.ar/docs/CAO-Marcelo-Luis-Bordes-y-desbordes-adolescentes.pdf>
- Cao, M., (noviembre de 2013). Adolescencia: una transición riesgosa, En *I Coloquio Internacional sobre Culturas Adolescentes, Subjetividades, Contextos y Debates actuales*. Buenos Aires, Argentina. Recuperado de:

<http://www.sociedadescomplejas.org.ar/docs/CAO-Marcelo-Luis-Adolescencia-una-transicion-riesgosa.pdf>

- Cao, M., (2015). La adolescencia como vanguardia contracultural. *Cuestiones de infancia. Nuevos lenguajes en niños y adolescentes* (17), 55-61. Recuperado de: <http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/handle/123456789/3468>
- Di Segni, S., (2002). *Adultos en crisis, jóvenes a la deriva*. Buenos Aires, Argentina: Novedades Educativas.
- Dolto, F., (1990). *La causa de los adolescentes: el verdadero lenguaje para dialogar con los jóvenes*. Barcelona, España: Seix Barral.
- Erikson, E., (1963). El problema de la identidad del yo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Literatura y psicoanálisis* (5), 267-338. Recuperado de: <http://www.apuruquay.org/apurevista/1960/16887247196305020304.pdf>
- Espinosa, R., Koremblit, M., (2008). Adolescencia y Tecnocultura, aproximación al estudio de las culturas juveniles y las nuevas formas de lazo social desde una perspectiva psicoanalítica. *Psicoanálisis* (30), 247-268. Recuperado de: <http://www.apdeba.org/wpcontent/uploads/Espinosa-Koremblit.pdf>
- Faimberg, H., (1985). *El telescopaje de las generaciones: a la escucha de los lazos narcisistas entre generaciones*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freire de Garbarino, M., (1987). Creatividad en psicoanálisis de adolescentes. *Temas de Psicoanálisis* (8), 91-94.
- Freud, S., (1895). Proyecto de psicología para neurólogos. En *Obras completas, vol I* (pp. 323-393). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S., (1905). Tres ensayos sobre teoría sexual. En *Obras completas, vol VII* (pp. 109-224). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S., (1914). Introducción del narcisismo. En *Obras completas, vol XIV* (pp. 65-98). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S., (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas, vol XVIII* (pp. 63-136). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- García, J., (2006). La violencia del desamparo. Dolor-amparo-ley-deseo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (102), 61-73. Recuperado de: http://www.apuruquay.org/revista_pdf/rup102/rup102-garcia.pdf

- Jeammet, P., (1994). La identidad y sus trastornos en la adolescencia. *La identidad y sus trastornos*, (19-20), 161-195. Recuperado de: <http://www.seypna.com/documentos/articulos/jeammet-identidad-trastornos-adolescencia.pdf>
- Kancyper, L., (1997). *La confrontación generacional. Estudio psicoanalítico*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Kancyper, L., (2007). *Adolescencia: el fin de la Ingenuidad*. Buenos Aires, Argentina: Lumen.
- Klein, A., (2002). *Imágenes Psicoanalíticas y Sociales del Adolescente. Condiciones de Surgimiento de la Adolescencia en la Modernidad y el Disciplinamiento Adolescente en la Posmodernidad*. Montevideo, Uruguay: Psicolibros.
- Klein, A., (2005). *Adolescentes sin adolescencia. Reflexiones en torno a la construcción de subjetividad adolescente bajo el contexto neoliberal*. Montevideo, Uruguay: Psicolibros.
- Ladame, F., (2001). ¿Para qué una identidad? O el embrollo de las identificaciones y de su reorganización en la adolescencia. *Psicoanálisis: Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires* (23), 405-415. Recuperado de: <https://www.apdeba.org/wp-content/uploads/022001ladame.pdf>
- Laplanche, J., Pontalis, J., (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona, España: Paidós.
- Lévi-Strauss, C., (1974). *La identidad*. Barcelona, España: Petrel.
- Marcelli, D., (2005). *Manual de Psicopatología del adolescente*. Barcelona, España: Masson.
- Nin, A., (2004). Algunas peculiaridades en el tratamiento psicoanalítico de pacientes adolescentes, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (99), 153-168. Recuperado de: http://www.apuruguay.org/revista_pdf/rup99/rup99-nin.pdf
- OMS., (2010). Desarrollo en la adolescencia. Salud de la madre, el recién nacido y el adolescente. Recuperado de: https://www.who.int/maternal_child_adolescent/topics/adolescence/dev/es/
- Tortorella, A., (2015). *La consulta por adolescentes en un Servicio universitario que brinda atención psicológica a funcionarios y sus núcleos familiares de un*

organismo público en Salud (tesis de maestría). Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.

Urubarrí, R., (1990). Sobre adolescencia, duelo y a posteriori. *Revista Psicoanalítica Argentina* (42), 786-807.

Viñar, M., (2009). *Mundos Adolescentes y Vértigo civilizatorio*. Montevideo, Uruguay: Trilce.

Viñar, M., (2018). *Experiencias psicoanalíticas en la actualidad sociocultural. Como nos cambia un mundo que cambia*. Buenos Aires, Argentina: Noveduc.

Winnicott, D., (1981). *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona, España: Laia.